

gueras verdes entre la negrura del terreno. El suelo despedía calor. Y la raya del agua, allá lejos, daba una impresión de serenidad, tristeza y ensueño . . .” (pág. 218).

“El aire caluroso como una respiración les envolvió al salir. Salía del mar la luna casi llena, con los bordes apenas carcomidos. Extraordinaria luna caliente. Luna sin viento. Las tierras desérticas que alumbraba parecían lunares también, irreales; el mar ardía. Marta se sintió también devastada, quemada como aquella tierra” (pág. 227).

Es en el dibujo de personajes femeninos donde Carmen Laforet muestra toda la fuerza de su talento narrativo. Sus mujeres son apasionadas, violentas, neuróticas; de pronóstico reservado.

Teresa, la bella loca inofensiva altera, involuntariamente, los nervios de todos los que viven en su casa. A su lado, monta guardia la fiel Vicenta, bruja y agorera, capaz de reconocer con una mirada a los que llevan en el rostro la señal de la muerte. Son los personajes que crean el ambiente extraño, de pesadilla, en que se mueven los parientes de Marta Camino.

La narración se resuelve, técnicamente, en escenas violentas que la autora explica en el capítulo que sigue.

La heroína desea zafarse del ambiente demoníaco y sensual de su casa y la isla, y después de algunas peripecias y amores desgraciados, lo consigue. Solución final idéntica a la de *Nala*. Las últimas páginas son de despedida.

“Todos aquellos caminos hartos de soportar el peso de sus sandalias, estaban dentro de su alma. La silueta de la Cumbre, y el silencio de los barrancos, el mar y las playas, humedecerían siempre el latido de su sangre. Dondequiera que fuese, la isla iría con ella . . .”

—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



DESTINO DE “MARTÍN GALA”, de *Andrés Sabella*

Hay, entre otras, una forma —muy común, por cierto— de llegar a la pulpa de la poesía, o, por lo menos, de llegar a la esplendidez

de su hermosura, visto que alcanzar el origen de un poema presupone, en cierto modo, su agotamiento y, por ende, la pérdida de su interés. Esa forma la constituye el encanto de las palabras, es decir, los modos que ha utilizado el poeta para colocar el vocabulario una vez lograda su depuración. *Martín Gala*, el libro de Andrés Sabella, de reciente edición, produce un fenómeno tal; ello, naturalmente, en el lector asiduo de poesía. Pero algo muy substancial se origina en el espíritu cuando el lector queda por fin habituado con el lenguaje del poeta: insensiblemente, como empujado por un viento muy antiguo y por eso mismo maravilloso, surge y crece hasta los términos de la sublimidad el mundo de la poesía, esto es, lo que anima a las palabras, lo que vive en ellas y aún más allá de ellas, lo que perdura por sobre las palabras, la imagen y la acústica. Esta es la fuente, la causa original. Pero ¿cómo es el mundo poético de *Martín Gala*? ¿De qué están hechas sus huestes — la esperanza, la fe, los períodos diversos?

No basta estar convencido de que la poesía se hace con palabras y no con ideas, según la proposición de Mallarmé, o de que la poesía rigurosa se alcanza mediante un procedimiento exhaustivo de todos aquellos elementos que pueden ser tratados en prosa sin el necesario concurso del canto, para dejarlo de manifiesto: menester es, además, confirmarlo ante el juicio histórico. Y el juicio histórico hace ya tiempo que ha desmentido una y otra tentativas, que, en el fondo, son complementarias. Pero si la Estética ha negado las fundamentaciones de los “puristas”, la Preceptiva se ha, en cambio, enriquecido en no pequeño grado con sus descubrimientos formales y con su general discernimiento de las herramientas que utiliza el creador para expresarse. En la poesía moderna —calificación muy amplia, ciertamente— corresponde a Baudelaire y Oscar Wilde la iniciación cabal de la aventura exhaustiva. Baudelaire, por la seriedad y gravedad que restituyó al nacer poético, por la devolución del poeta a la sociedad, por el golpe fatal que asestó a esa cosa informe y negativa que llaman bohemia, será siempre un maestro. Lo es, desde luego, de Andrés Sabella. Pero a esta época ya no se puede ser, en

justicia, *baudeleriano*, ni aún *mallarmeano*, ni siquiera continuador del más alto artífice "purista": Paul Valéry. ¿Por qué? Porque, con la mitad del siglo que corre, se cierra definitivamente lo que podríamos calificar de "período de desintegración" —caracterizado por la innumerable afluencia de "ismos", consecuencia de la deshumanización, de las parcialidades—, para dar lugar a un nuevo enraizamiento del artista con todos los fenómenos derivados de la actividad social. La unidad dialéctica fondo-forma vuelve, en nuestros días, por sus fueros de equilibrio, esto es, de dominio y de claridad, y la ponderación artística del hecho real suscita con indudable preferencia la general temática del creador.

El depurado lenguaje de Sabella y su disposición racional en el poema, la brillantez de sus imágenes —único medio de expresión del artista por las infinitas posibilidades de libertad que contiene—, la resonancia auditiva de sus ritmos, la capacidad de síntesis que informa toda la obra —fruto del afán simbólico, de conquistar para el símbolo las sugerencias del concepto y de la imagen—: todo es producto de una concepción profunda y clara a la vez del papel que desempeña la poesía, el arte, en nuestra época y en nuestro medio. Fundamenta esta concepción el propósito de ser "útil" a los hombres mediante la conquista —reconquista, digamos— de la alegría, de la piedad y de la ternura. Allá, en el crisol del verso, todo se funde extrañamente —la extrañeza o misterio que siempre circundará la parición del artista cuando se es algo más que un simple ser intelectualizado— y da origen a la belleza, destino perenne del arte.

Se ha dicho que *Martín Gala* es un libro para los niños. La afirmación no es del todo exacta. Niños podrán formar una ronda con los versos de *Martín Gala*; éstos poseen todos los elementos del caso: ingenuidad, aunque aparente, encanto de la palabra súbita, ritmo vibrante y rima sonora. Pero, en rigor, *Martín Gala* es un libro para grandes con corazón de niños: la poesía, cuando lo es, se siente y se entiende, afina los sentimientos y enriquece la inteligencia; produce emoción, educándola, y despierta el fervor por el conocimiento. Una labor de este linaje sólo puede ser abordada cuando se es dueño de

un criterio amplio acerca de la misión artística, o, lo que es lo mismo, cuando se piensa que un poema debe ser la suma de un hombre en una geografía y en un instante que aspiran a eternizarse en el canto. Por eso *Martín Gala* —se propone el poeta— “*camina en la cálida región donde la Vida busca la plenitud de sus destinos*”.

Martín Gala nos revela a un poeta “liberado” de sí mismo, a un artista que canta no para exponer su tránsito y los avatares de su tránsito, sino para dar a un medio, durante su canto, la humildad, la dulzura, la ternura, la cordialidad y el amor. Es, pues, una obra con propósito y signo, una obra con misión. *Martín Gala* ha entendido que las virtudes o bondades del alma de los hombres no son privativas de tal o cual doctrina, sea ella religiosa o política; que los hombres somos hermanos en lo profundo, y que el bien y el mal pueden tocar en cualquier parte y circunstancia. *Martín Gala* camino —o quiere caminar en su propósito— por sobre las arbitrariedades de la parcialidad cotidiana, que es, sin embargo, fundamental, y andar por la tierra —preferiblemente con los tristes— con su estirpe de relámpago y caballero en una brizna. De ahí que obras como ésta de Sabellella, que están dirigidas justamente a exaltar la fraternidad universal —una verdad que los hombres ya han comenzado a practicar—, deban empezar a ser leídas cuando se es niño porque convienen a los grandes de todas las religiones y de todas las ideologías.

Martín Gala no es, en su conjunto, una obra definitiva: los hallazgos en integral realización abundan en ella, mas creemos que el poeta debe insistir —sin volver— en su alumbramiento de símbolos, a fin de completar este delicioso y amoroso mensaje; aunque, cuando se ha embarcado en una ruta de tanta diafanidad, cada obra es un hito de una obra mayor que se está siempre haciendo y que no se termina nunca.—HUGO ACEVEDO.

